**Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden **

El que reza aprende a decir «*gracias*» y le pide a Dios que sea benévolo con él. Por mucho que nos esforcemos, siempre hay una deuda inagotable con Dios, que nunca podremos pagar: Él nos ama infinitamente más de lo que nosotros lo amamos. Por mucho que nos comprometamos a vivir de acuerdo con las enseñanzas cristianas, en nuestras vidas siempre habrá algo por lo que pedir perdón: pensemos en los días pasados perezosamente, en los momentos en que el rencor ha ocupado nuestro corazón y así sucesivamente... Son experiencias desafortunadamente, no escasas, las que nos hacen implorar: “*Señor, Padre, perdona nuestras ofensas*”. Así pedimos perdón a Dios.

Jesús la liga con una segunda expresión que es una con la primera. La relación de benevolencia vertical de parte de Dios se refracta y está llamada a traducirse en una nueva relación que vivimos con nuestros hermanos: una relación horizontal. El Dios bueno nos invita a ser todos buenos. Las dos partes de la invocación están unidas por una conjunción inapelable: le pedimos al Señor que perdone nuestras deudas, nuestros pecados, «*como*» nosotros perdonamos a nuestros amigos, a la gente que vive con nosotros, a nuestros vecinos, a las personas que nos han hecho algo que no era agradable.

**El perdón a los demás**

«*Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*». Dios perdona siempre, pero sólo aquel que en su vida vive el perdón a los demás, abre su corazón al perdón de Dios, es decir, sólo aquel que experimenta el perdón, abre su corazón a Su perdón. «Ámense unos a otros como yo lo he amado», es inseparable la experiencia del perdón de Dios de la experiencia de ser yo perdonador.

Dos pueden ser las causas de cerrarse al perdón de Dios: en primer lugar, cauterizar la conciencia, dormirla o matarla. Si no tengo conciencia o si no tengo «*sineidesis*», la voz interior, me cierro al perdón de Dios, ¿cómo me va a perdonar si no tengo conciencia de ello? Y en segundo lugar si yo no perdono, me cierro a ese perdón de Dios.

Hay que despertar la conciencia, aligerarla de esas anestesias que hacen que pierda la sensibilidad. Cuando uno siente el perdón de los pecados, es cuando nota la maravilla del perdón de Dios. Lo segundo es que yo perdone, «*Dios mío, ¿a quién tengo yo que perdonar?*», el perdón no anula la verdad, si alguien me ha robado lo perdono, pero le pido que me lo restituya.

¿Perdono realmente a mi enemigo? Dice San Juan Crisóstomo, que el perdón al enemigo es lo que más nos asemeja a Dios, lo que más nos hace vivir la experiencia íntima de estar unidos a Él, porque es donde se vive la más pura gratuidad.

**Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden**

Jesús quiere enseñarnos a entablar una nueva relación con Dios: la de hijos que descubren que comparten a este Padre con los hermanos. Desde que Dios se hizo hombre, para amarlo hay que amar al prójimo en quien se ha encarnado también.

Recibir el perdón de Dios y comunicarlo a los demás, perdonarlos es una **exigencia indispensable** para entrar al Reino. No hay nada más liberador, más iluminador, más generador de vida que el perdón. Cuando perdonamos, somos más parecidos a Dios, perdonar es un acto creador que llama a la vida tanto al que lo da como al que lo recibe, reconstruye al hombre fragmentado por su falta de amor, beneficia al que lo otorga.

El perdón es un acto voluntario en el que reconoces que necesitas perdonar y apoyado enteramente en Dios, pones en Sus manos al otro, le pides que te preste Su misericordia para mirarlo como Él lo mira y fortalecido con Su gracia, te abres a la comprensión, suspendes cualquier juicio y condena, te niegas a cualquier acto de venganza y decides amarlo.

El **proceso de perdonar** no se da de la noche a la mañana, resulta trabajoso, implica caídas y retrocesos, en el que hay que comprometernos si queremos ser dignos hijos de un Padre que nos perdonó primero y consiste en:

1. Acto voluntario: Es una decisión.

2. Reconocer que necesitas perdonar: Dios nos ama y nos conoce como somos, reconocer frente a Él que tenemos una herida que sangra y que en Sus manos puede sanar.

3. Poner en sus manos al otro, apoyados enteramente en Dios, mediante la oración, le pides que te preste Su misericordia para míralo como Él lo mira y te fortalezca con Su gracia. Por nosotros mismos nunca podremos perdonar, sólo en Dios encontramos la fuerza para responder con mansedumbre, con amor, con misericordia.

4.Abrirte a la comprensión y suspendes cualquier juicio y condena: El Padre Larrañaga dice que es sagrado el santuario de las intenciones de los demás, que no podemos pretender penetrar en él, no podemos conocer los motivos por los que alguien actúa de una manera u otra. Solo Dios sondea los corazones.

5. Te niegas a cualquier acto de venganza: La venganza, la violencia, generan más venganza y violencia, lastima al que la practica y al que la sufre. Sólo el amor rompe este círculo fatal, el Señor nos pide devolver bien por mal.

6. Te dispones al olvido: “Resentir” es estar albergando y reviviendo sentimientos negativos, Hacer un propósito firme de no estar recordando aquello que nos lastimó y así terminaremos por olvidarlo.

7. Decides amarlo y expresar tu amor de forma concreta: el amor y el perdón no son sentimientos, son decisiones. Decido amar al otro se lo merezca o no, decido perdonarlo, aunque no haya pedido perdón, aunque todavía duela lo que te hizo, aunque lo vuelva a hacer. Decidir amar al otro es no cerrarle tu corazón, no dejarlo fuera de tu buena voluntad, es orar por él, esforzarte por verlo como Dios lo ve y amarlo como Él lo ama. Es buscar su bien verdadero, hacer algo positivo por él.

Jesús reza por los que han sido malvados con él, por sus asesinos. El Evangelio especifica que reza esta oración en el momento de la crucifixión. Probablemente fue el momento del dolor más agudo cuando le metían los clavos en las muñecas y en los pies. Aquí, en la cumbre del dolor, el amor alcanza su cima: llega el amor, es decir, el don a la enésima potencia, que rompe el círculo del mal.

Dios le da a cada cristiano la gracia de escribir una historia de bien en la vida de sus hermanos, especialmente de aquellos que han hecho algo desagradable e incorrecto. Con una palabra, un abrazo, una sonrisa, podemos transmitir a los demás lo más precioso que hemos recibido: El perdón, que debemos ser capaces de dar a los demás.

**Práctica semanal:** Rezando estos días el Padrenuestro, pidamos una de estas gracias: vivir nuestros días para la gloria de Dios, es decir, vivir con amor; saber encomendarnos a Él en las pruebas y hallar en el encuentro con el Padre el perdón y el coraje de perdonar. Las dos cosas van juntas, el Padre nos perdona, y nos da el valor para poder perdonar.